



LA EUCARISTÍA Y LA IGLESIA TRIUNFANTE

SUMARIO

1048. Antigua representación simbólica de la Eucaristía en sus relaciones con el cielo.—**1049.** Inscripciones cristianas acerca del propio asunto.—**1050.** La Eucaristía conduce al cielo.—**1051.** La Eucaristía causa la gloria.—**1052.** La Eucaristía es prenda de la vida eterna.—**1053.** La Eucaristía es la bienaventuranza objetiva que poseeremos si nos salvamos.

1048. Después de los estudios realizados, no es difícil encontrar el estrecho vínculo que existe entre el dogma de la Eucaristía y el cielo, siendo así que la Eucaristía es el Pan de la eterna vida la cual se dará á los que de Él coman. En el tomo III de esta Obra, pag. 266, vimos que el maná, precioso emblema de la Eucaristía, era con alguna frecuencia representado en las catacumbas romanas. Ahora, sin repetir cuanto allí consignamos, debemos hacer constar que por cuanto el maná sostenía las fuerzas de los israelitas hasta llegar á la tierra prometida, verdadera figura de la patria celestial, es un doble símbolo que nos declara á la Eucaristía sosteniendo las fuerzas del alma cristiana hasta conducirla al paraíso.

Efectivamente; en el cementerio de Ciriaco, cerca de San Lorenzo *in agro Verano*, fué descubierto en 1863, un hermoso cuadro, que ocupa todo un lado de una cripta, en cuya parte superior se destaca una gran nube de la que caen nu-

merosos copos de maná, los que son recogidos por cuatro israelitas con sus pénulas levantadas. «Esta representación, añade Martigny, (1) de quien tomamos estos datos, está rodeada de circunstancias que determinan claramente su significación eucarística. Sirve de decoración á una cámara donde están sepultadas vírgenes cristianas, y es como complemento del asunto pintado en la luneta del *arcosolium*, el cual no es otro que las vírgenes sabias, que, gracias al maná eucarístico con que tuvieron cuidado de alimentarse, sostuvieron su lámpara encendida hasta el fin.»

Las estrellas, en la antigua arqueología cristiana, son el emblema del cielo; y en las catacumbas no es difícil encontrar varios cuadros que representan al cielo por medio de las estrellas. En este concepto, se conserva en Marangoni un fondo de copa con emblemas eucarísticos, en el que se dibuja un joven que lleva una túnica adornada con cuatro estrellas (2). He aquí, por consiguiente, á la santa Eucaristía relacionada con el paraíso; no sería difícil que por el dibujo expresado se intentase indicar la consecución de la gloria por medio del Sacramento Santísimo.

1049. Si de los símbolos pasamos á las inscripciones, observaremos que también éstas vienen á corroborar el asunto de que nos ocupamos. Hemos probado que el pez, en la antigüedad cristiana, es la bella figura de Jesucristo Sacramentado (3). Por consiguiente, su representación, llevando algún geroglífico, palabra ó frase que hable de la salvación eterna que podemos conseguir mediante este pez divino, será una prueba palpable de lo que estamos sustentando. En el museo de Kircher, procedente de las catacumbas, se conserva una piedra sepulcral en la que está grabada una ancla entre dos peces, coronados por la inscripción: *piscis viventium*. El ancla, en este monumento, viene á revelarnos la esperanza de los hombres en Jesucristo, Salvador de los vivos.

(1) Art. Maná.

(2) Id. art. Estrellas.

(3) Véase el cap. XIV del tom. III de nuestra Obra.

No se debe ignorar que, así como en posteriores tiempos de la Iglesia, los verdaderos cristianos se han estimulado á llevar, pendientes del cuello ó prendidos al indumento corporal, el santo crucifijo, ó al menos el signo precioso de nuestra Redención, del propio modo los fieles de los primitivos tiempos, por más que les obligaba la disciplina del secreto, empero no dejaron de ostentar en sí mismos y en los objetos de sus penitencias simbolismos del mismo Salvador Jesucristo, figurándolo en el pez, y colgado éste, á modo de amuleto, del cuello, ó llevándolo sobre el pecho. Es curiosísimo observar las piedras grabadas, los anillos y los referidos amuletos de varios tamaños y materias en forma de pez, que de la antigüedad se conservan. Existe un pez de bronce, sobre el cual, según afirma Martigny, (1) se halla escrita la palabra *salva*, que en conjunto viene á presentarnos la siguiente jaculatoria: Oh Señor Jesucristo: sálvanos. Otros simbolismos de esta clase llevan asociada la cruz ó el monograma de Cristo; todo lo cual viene á consignar elocuentemente que el Salvador eucarístico es el grande, el único medio de nuestra salvación eterna.

Mas dejemos estos halagüeños estudios, para entrar en otra clase de consideraciones sobre el mismo objeto.

La Eucaristía conduce al cielo.

1050. No es oportuno detenerme en explicar ahora este punto, porque en el Tratado V de esta Obra lo haré con toda la extensión posible; mas, debiendo expresar algo referente al mismo, diré que la Eucaristía es el pan del cielo; que este divino Pan es otorgado para que los cristianos lo reciban, no para otro fin, sino para que suban al paraíso. Jesucristo Sacramentado, en este caso, es el encargado de preparar las almas para la gloria, de conducir las Él mismo á la Eternidad, pues por eso se les da por Viático en la hora de la muerte, y de constituirse en su felicidad interminable. Jesucristo en el Sacramento, es el Pan que bajó del cielo, á fin

(1) Art. Pez.

de que el que coma de Él no muera. ¡Qué amor! Quien recibe á Jesucristo no muere espiritualmente, porque vive en este mundo posesionado de su gracia, don que no le abandona en el trance de la muerte, si se ha logrado la perseverancia en la misma, ni menos le abandonará en la Bienaventuranza eterna. «Si alguno comiere de este Pan vivirá eternamente, dice el Salvador.» Luego la vida eterna, la posesión del cielo la hace depender de la recepción de su Santísimo Cuerpo. No añado yo ninguna palabra más á las de Jesucristo, porque son bien terminantes. El que recibe como es debido la Eucaristía, y no desprecia don tan excelente, vuela al paraíso cuando el Señor se digne llamarle. Y ¿cómo no ha de volar á la vida eterna si en su pecho aposenta la eterna vida? «El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna.» ¿Con cuánto ardor no deberemos comulgar? ¿Con qué afán no debiéramos pedir con instancia al Altísimo que se dignara hacernos particular merced de poder recibir por Viático á su Hijo Jesucristo en aquellos momentos en que la muerte se apresurara á cortarnos el hilo de nuestra existencia!

La Eucaristía causa la gloria.

1051. Al afirmar que la Eucaristía causa la gloria, entendemos, que es el principio por el que nosotros hemos de poseer la bienaventuranza, y en este sentido es como un corolario del precedente párrafo. En este supuesto, no tengo más que aducir el pensamiento de cierto piadoso autor (1), que hace de la Eucaristía una escalera que conduce de la tierra al cielo. Comentando este pensamiento el M. R. P. Prieto (2), vicario general de la Orden de la Merced, dice: «Las Especies sacramentales de pan y vino son una escala santa, por la cual, Cristo baja del cielo al suelo, y el hombre sube al cielo donde está Cristo, y aunque en cuesta arriba no se les hará á los que esperan en Dios dificultoso el

(1) Véase al P. Prieto. Salmodia Eucarística, Paráfrasis al Salmo II del I Nocturno, pag. 259.

(2) Loc. cit.

subir; porque los que se allegan á este divino y soberano Pan reciben de Él alas como de águila, con las que, como Elías, van subiendo hasta el monte y ciudad de Dios.» «Ellos, añade, tienen segurísima la entrada, porque aunque se guarda en aquella señoría, de gente apestada, no obstante, los que van alimentados con este Sacramento llevan cédula de comunión, como gente que ha cumplido con la Iglesia militante y así entran en la triunfante.» Por cierto; siendo la Eucaristía la salud de Dios, según dice David, y el manjar del alma, como enseña el Salvador; ¿no dará virtud á ésta para que viva sana, firme y robusta, y pueda así entrar en el cielo? Si es la salud de Dios; esto es, la quinta esencia de lo mejor de Dios, y la concede en esta vida, ¿no dará en la otra lo que tiene dispuesto que es á sí mismo y á su gloria, siendo así que, según él mismo promete, dará la vida eterna? ¡Oh salutaris Hostia, quæ cæli pandis ostium! exclama la Iglesia. ¡Oh Hostia saludable que abres la puerta del cielo! No puede haber encomio semejante en obsequio de la Eucaristía. Ésta es, de consiguiente, la llave de oro que abre aquella fuerte cerradura, y empuja hacia dentro las formidables puertas del cielo, por las cuales deseamos pasar al término feliz de nuestra peregrinación (1).

La Eucaristía es prenda de la vida eterna.

1052. Dejando para más adelante que la Eucaristía obrará la resurrección de los cuerpos, y dará á los buenos aquella gloria que les prometiera, nos contentaremos con insinuar algunos pensamientos respecto á que el mismo Sacramento es prenda del cielo que esperamos.

Y en efecto; tan rezagado anda el hombre en el camino de su salvación, que Jesucristo, para que se estimule á procurarla, determinó darle noticia clara de lo que le había de otorgar en la bienaventuranza eterna, concediéndole en efecto un Sacramento, cúmulo de la gloria divina. Se le dió

(1) El autor citado prueba que la Eucaristía causa en las almas reparadas cuatro dotes de gloria, semejantes á los del cuerpo, y que concede en el cielo todos los deleites.

á sí mismo por comida, pero como prenda de la gloria que le esperaba si cumplía sus mandatos. *Et futura gloriae nobis pignus datur.* «Nótese bien, añade el P. Prieto (1), que el angélico Doctor no quiere decir que son cosas diferentes esta prenda que se nos da y la gloria por quien se nos da en prendas, sino que quiso decir que la misma gloria de Dios, esta misma es la que se da ahora en prendas.» Consideremos atentamente esta sólida verdad, según la cual, el Altísimo quiso conceder al hombre aún en este destierro lo mismo, precisamente lo mismo que lo que le ha de retribuir en el paraíso. Con plena justicia dijo Sto. Tomás, que la augusta Eucaristía es prenda de la gloria futura, porque para que una cosa se dé por prenda de otra, es de todo punto necesario que aquélla contenga mayor valor que ésta, ó al menos que tenga el mismo, atendido á que jamás quedaría bien asegurado el hombre con haberle prometido Dios el cielo, si no le diera por prenda de él en esta vida otra cosa que al menos se equiparase en valor al mismo cielo; la cosa que le da es á sí mismo, que vale no sólo el cielo y toda su gloria, sino infinitamente más que innumerables cielos, pues arrojó en el Sacramento el resto de sus riquezas, según el Tridentino (2), y si tanto se nos estrecha, podremos asegurar que vale lo mismo que la gloria, puesto que fuera de Dios no existe gloria en ninguna parte.

La Eucaristía es la bienaventuranza objetiva que hemos de poseer si nos salvamos.

1053. Suelen distinguir los teólogos dos clases de bienaventuranza eterna, una formal y otra objetiva; ésta consiste en el mismo Dios, pero secundariamente pertenece á la Humanidad de Jesucristo, porque así como el alma, dice Sto. Tomás, (3) tiene bienaventuranza en Dios, así los cuerpos de los bienaventurados la tendrán en la contemplación y visión clara de la Humanidad del Salvador. Que la biena-

(1) Eodem. loc. pag. 314.

(2) Sess. 13, cap. 2.

(3) 12, q. 2, art. 6, in corpore.

venturanza pertenezca secundariamente á la Humanidad de Cristo lo confirma la Iglesia cuando en el oficio de la Ascensión del Señor canta lo siguiente: *Tu esto nostrum gaudium qui es futurum præmium.* Sed nuestro gozo en esta vida, pues en la otra has de ser Tú mismo nuestra recompensa; y cuando en el del Corpus, añade: *Se nascens dedit socium, convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in præmium.* Naciendo se nos dió por compañero, comiendo se nos dió en manjar, muriendo se nos dió en precio de redención, y reinando en el cielo se nos da por recompensa, por objeto de nuestra bienaventuranza. Para decirlo de una vez: Jesucristo quiso que el hombre viviese continuamente endiosado, dándole al efecto un Sacramento para que por su medio se nutra, se desarrolle, viva, resucite y goce en la eternidad. ¡Ojalá comamos bien de este Pan de la Eucaristía para que el Omnipotente nos haga la gracia de llevarnos un día á las mansiones celestiales donde con Él vivamos felizmente para siempre. Así sea.

FIN DEL TRATADO TERCERO.

LAUS DEO.

(Fotografado 130).